



# FRANCISCO NIEVA

## Jan Potocki en versión teatral

**E**s bastante conocida la historia del *Manuscrito encontrado en Zaragoza* del conde polaco Jan Potocki, novela iniciada en 1797, publicada la primera parte en San Petersburgo, en el año 1804, y la segunda parte en París, en el año 1813. Sabemos que los avatares del manuscrito original han dado lugar a diferentes ediciones con sutiles, y a veces marcadas, diferencias. Pero pocos saben que esta novela de Potocki, plagada de fantasía, erotismo e irrealidad, fue adaptada por Francisco Nieva en 1994 para convertirla en una pieza de teatro original. El sustrato del manuscrito que había escrito el conde polaco le venía como anillo al dedo a la personalidad y a los intereses del dramaturgo.

En la traslación de la novela al teatro, Nieva se inspiró en el núcleo central de la historia. Dos ninfas, que responden al nombre de Emina y Zibedeia, seducen en una venta a un joven militar, Alfonso de Worden, que se dispone a integrarse como oficial en la tropa de Felipe V hacia 1715. Las dos jóvenes, de familia tunecina, son moriscas, cultas y seductoras, ángeles y demonios al mismo tiempo. El oficial, sin remisión, se deja zambullir en lo prohibido, se adentra en la locura y el conocimiento, que vienen aparejados, y vive acaso un hechizo, una alucinación.

Nieva hurga en el misterio, un manuscrito que «muestra nuevas formas de la felicidad en la traición y la heterodoxia», se complace en jugar con la confusión, en ironizar sobre un cuadro de costumbres en el que se combina la brutalidad de una pareja de bandidos, la vulgaridad de una tabernera y la su-

tileza de un fraile besucón, y se divierte jugando con diferentes registros, mezclando realidad y ficción, historia y leyenda.

En la pieza teatral se pone en evidencia también el contraste de cultura, costumbres y religión. Emina y Zibedeia coquetean con heréticos y brujas que se han salvado de la Inquisición, blasfeman contra Jesucristo, se burlan del rey Felipe V, al que describen como «un francés pequeñito con una peluca muy grande», y cuentan historias monstruosas al hacernos saber que llevan introducido en el vano un animalejo llamado el 'rospo de Siria', que estimula el deseo masculino. Frente a las heterodoxas hermanas, Alfonso de Worden está esclavizado por la religión y las costumbres del siglo.

*El manuscrito* de Nieva se convierte desde la primera escena en una obra sobre la locura erótica. Enredado en una serie de sutiles juegos amañados por las dos jóvenes moriscas, Alfonso de Worden se deja arrastrar por tentaciones ocultas que anidan en él. Atraído por el misterio, da la sensación de que está sometido a una prueba por las dos jóvenes ninfas. Pero el manuscrito también se convierte en un cuadro costumbrista que ironiza sobre la Inquisición y el país en general. El inquisidor, Don Pedro, define a la Inquisición de esta guisa: «Ésta es una institución moderna que, en cierto modo, hace lo que la policía, pero con más boato y mejor gusto. Con un protocolo y una solemnidad que intimidan a los enemigos de España, pueblo como se sabe entre los más avanzados y razonables de la Tierra».

Seducido finalmente por las ninfas moriscas, Alfonso de Worden reniega del mundo y de la justicia, se aleja del orden tradicional en el que estaba inmerso. El juicio ante la Inquisición ejerce, finalmente, como catapultas de liberación para el joven militar, que experimenta, al cerrarse el relato, la felicidad. Es la catarsis a la que aspiran los personajes en el teatro de Francisco Nieva, pero también algo personal que añoraba el propio Nieva y que sin duda disfrutó durante su estancia en París entre 1953 y 1963. «Por fin soy libre de mí mismo y de mi pesada conciencia», afirma Alfonso de Worden, «soy dueño de mi alma y mi cuerpo. Soy yo mismo sin mancha. O todo mancha». El lector, embriagado por el fascinante embrujo de la pieza teatral, suspira consciente de que *Manuscrito encontrado en Zaragoza* es una obra mágica, llena de maravillas. Y aunque al final el joven militar es sacrificado, el lector sabe que «murió con un sabor de plenitud en sus labios».

